

¿Existieron las romanas? Patricia González Gutiérrez

Akal, 2024, 192 pp.

ISBN: 978-84-460-5608-9

La autora de *Soror. Mujeres en Roma* (2021) y *Cunnius. Sexo y poder en Roma* (2023) se asienta, con este trabajo, como una de las principales divulgadoras de la historia de las mujeres romanas en España. Aunque, en este caso, y a diferencia de las obras recién mencionadas, aquí la historia de las romanas es solo un medio a través del cual reflejar el proceso de recepción de su imagen por parte de medios como la historiografía, el arte, el cine, la televisión y, más recientemente, internet y la industria de los videojuegos. Desde un punto de vista estructural, el libro está dividido en seis capítulos precedidos de una introducción. Como la propia autora reconoce en las primeras páginas del volumen, este libro prescinde de una estructura cronológica o temática para privilegiar una exposición que avanza y retrocede en el tiempo en función de sus necesidades.

El capítulo 1, «Cuando solo estaba Ella» (pp. 13-46), analiza la construcción del relato historiográfico masculino desde la Antigüedad, destacando que, desde el primer momento, se relegó conscientemente a las mujeres a un segundo plano debido a una mezcla de ideología y prejuicios que se mantiene hasta nuestros días por una especie de inercia histórica. El capítulo demuestra, con carácter general, cómo ha ido evolucionando el interés historiográfico hacia las mujeres griegas y romanas, y señala la necesidad de entender el contexto (el llamado «conocimiento situado») a la hora de evaluar unos trabajos que, en muchas ocasiones, solo resultaron novedosos desde un punto de vista temático. Un ejemplo particularmente claro lo tenemos en el siglo XIX, cuando la irrupción de los primeros estudios sobre el estatus social y legal de las mujeres enmascaró, en muchos casos, una tendencia reaccionaria frente a la presión ejercida por unas sufragistas que defendían un nuevo lugar para las mujeres. Un último epígrafe analiza la génesis y desarrollo del *mito del matriarcado*, incidiendo tanto en su formulación originaria por Bachofen como en sus desarrollos posteriores por parte de autores como Engels o Marija Gimbutas.

El segundo capítulo, «La historiografía se hace» (pp. 47-69), se adentra en el siglo XX comenzando por la(s) escuela(s) de los Annales, pionera en cuanto a la promoción de una historia más social, pero todavía profundamente desinteresada por temas como la historia de las mujeres y del género. Esta indiferencia se debía, en buena medida, a que desmontar «lo naturalizado y asumido como fundamental es lo más difícil de ver y lo más complicado de asumir [...]» (p. 52). Tras un breve repaso por la obra de Simone de Beauvoir y Eva

Cantarella, y tras un resumen del proceso de introducción de los estudios sobre las mujeres y el género en las universidades españolas, la autora analiza algunas aportaciones clave como las de Sarah Pomeroy, señala la importancia de los primeros coloquios y obras colectivas dedicados a la historia de las mujeres en los años setenta y ochenta del siglo pasado, y comenta algunas de las principales resistencias y dificultades a las que tuvo que hacer frente esta nueva forma de hacer historia a pesar de su paulatina institucionalización en el ámbito universitario.

El capítulo 3, «Cómo se construyó a las romanas» (pp. 71-101), va más allá de la mera inclusión (cuantitativa) de las mujeres en la historia analizando los procesos que motivaron el surgimiento y desarrollo de nuevos conceptos y categorías que propiciaron un desarrollo cualitativo de las ciencias sociales. Entre ellos, se presta especial importancia a la categoría de género, en la medida en que contribuyó a deconstruir asunciones de largo recorrido y por medio de las cuales se asociaban ciertos comportamientos y dinámicas al ámbito *natural*, de modo que se silenciaba el hecho de que eran resultado de procesos históricos cuyas dinámicas esenciales resultan susceptibles de ser investigadas. Pero, como señala la propia autora, el género debe analizarse junto a la interseccionalidad, es decir, junto a nociones como edad y estatus, e incorporar, también, la rica historia de las masculinidades. El siguiente epígrafe demuestra una realidad ya bien conocida por los especialistas: que la inmensa mayoría de las mujeres griegas y romanas, lejos de estar recluidas en sus casas, debieron trabajar en las más diversas profesiones para asegurar su propio sustento y el de sus familias. De forma paralela, se señala que algunas de ellas participaron activamente, y de distintas maneras, tanto en la política ciudadana como en la esfera religiosa.

El cuarto capítulo, «Lesbianas, matronas y vestales» (pp. 103-125), comienza reseñando la incomodidad sentida por muchos «especialistas serios» ante el estudio de la sexualidad (especialmente la no heterosexual, o aquella que unía, en Atenas, a un ciudadano adulto, *erastés*, y a un *erómenos*, un joven que también tenía estatus ciudadano); así como revela, a partir de un caso muy sonado, que se trata de un campo de estudio no solo polémico, sino, también, en ocasiones, hasta «peligroso». Especialmente interesante es el epígrafe en el que analiza las relaciones lésbicas, frecuentemente soslayadas por la historiografía, pero cada vez más reconocidas. Otros temas relacionados con la historia de la familia suscitaron antes el interés de los investigadores, siendo objeto de centenares de estudios. Entre ellos podríamos señalar la edad de acceso al matrimonio de las mujeres, los poderes del *paterfamilias*, el infanticidio, la exposición y la frecuente utilización de nodrizas y amas de cría por parte de las familias romanas. El capítulo se cierra con un apartado que aborda, específicamente, el aborto y la

anticoncepción en Roma, aspectos sobre los que la autora de este libro ya escribió en su tesis doctoral.¹

El capítulo 5, titulado «La arqueología inocente» (pp. 127-142), señala uno de los principales problemas que ha arrastrado la arqueología tradicional: su marcada tendencia a no buscar (lo que equivale a silenciar y olvidar) testimonios que iluminen la vida de ciertos colectivos sociales como mujeres y niños. En un primer apartado se destacan algunas de las potencialidades de la arqueología de género. En particular, se resaltan sus indagaciones acerca de los espacios domésticos, que han contribuido a desmontar las ideas sobre la separación producción/reproducción y, también, a demostrar cómo mujeres y niñas están subrepresentadas en el ámbito funerario. En un segundo epígrafe, la autora señala numerosos ejemplos que nos permiten criticar la tendencia automática de la arqueología a determinar el género de las personas enterradas en una tumba en función de los objetos que forman parte del ajuar funerario. Pero quizás más urgente que *reformular* la praxis arqueológica sea visibilizar a las mujeres en unos espacios, los museos, que tienden a infrarrepresentarlas y que influyen decisivamente en la visión que las nuevas generaciones tienen de las sociedades del pasado.

El último capítulo, «Buscando el espejo» (pp. 143-172), parte de un breve análisis de la cultura campaniforme para demostrar cómo la arqueología y la historia están realizando claros esfuerzos para reconocer la complejidad del género en sus investigaciones desmontando el binarismo de género e incorporando a sus análisis aspectos tanto religiosos como sociales. El interés interseccional de las emociones, el cuerpo y la(s) violencia(s) implica un giro radical de nuestras formas de historiar el pasado. Especialmente interesante es el apartado dedicado a la recepción de la antigua Roma en la época contemporánea. En él se abordan no solo las confluencias entre la academia y la divulgación, sino que se señalan muchos aspectos en los que todavía ha de incidirse, como la consideración de los raptos como violaciones, o la necesidad de evitar simplificaciones en nuestros análisis de aspectos tales como las identidades cívicas, el género y la racialidad. El capítulo termina celebrando la mejora en la consideración de la divulgación dentro de la academia, aunque la decisión de *divulgar* sigue penalizando las carreras investigadoras de muchos y muchas jóvenes que emplean una parte considerable de su tiempo en tratar de difundir los resultados de sus trabajos entre un público más amplio.

Se trata de un texto profundamente militante, que señala las complejidades en el avance histórico de la historia de las mujeres y presenta un sugerente análisis que salta continuamente entre el pasado y el presente para comprender algunas de las razones que han motivado,

¹ González Gutiérrez, Patricia (2016). *El vientre controlado. Anticoncepción y aborto en la sociedad romana*. KRK.

acelerado o frenado el estudio de las mujeres antiguas, las romanas en especial, pero no solo. Es precisamente este constante (y complejo) diálogo entre el pasado y el presente la principal seña de identidad de una monografía que presenta una marcada tendencia a señalar aportaciones de especialistas ya consagradas. La edición del volumen es, por lo general, cuidadosa, presentando pocas erratas de importancia.² Por todo lo anterior, se trata no solo de una obra que interesará a todas aquellas personas interesadas en la (re)construcción de las mujeres antiguas o en la evolución de los intereses historiográficos, sino que estamos también ante un libro susceptible de ser incluido en las guías docentes de asignaturas sobre género e historia.

Borja Méndez Santiago

Universidad de Vigo

borja.mendez@uvigo.gal

Recibido el 5 de febrero de 2025

Aceptado el 21 de mayo de 2025

² La más importante de ellas es la mención a M. K. Hopwins (en vez de Hopkins), en la p. 116.